

CRÓNICA DEL DOLOR Y LA PERFDIA

# Un hijo de la ira

La indignación hace temblar la sintaxis en esta obra que Carlos Droguett escribió hace veinte años y que recién se publica hoy.

ANTONIO AVARIA

Recordando la presentación que García Lorca hiciera de Neruda, allá por 1935 en la Universidad de Madrid, diríamos que la literatura de Carlos Droguett (1912-1996) siempre estuvo más cerca de la muerte que de la filosofía, más cerca del dolor que de la inteligencia, más cerca de la sangre que de la tinta.

Visiblemente, **Matar a los viejos** no es una excepción. Aparece después de la muerte del autor, pero la obra pudo haberse publicado hace veinte años. Nos llega con tal retraso porque un editor hispano, tras contratar derechos, despachar galeradas, armar las páginas, quiso suprimir la dedicatoria, contemporizar, no ofender a la junta militar de un lejano país, y se topó con la cólera de Droguett. Otros editores también dieron marcha atrás, hasta que LOM osara dar el paso.

Un valiente paso, a no du-

darlo. Algo menos valiente porque al emplear un cuerpo de letra minúsculo, que fatiga la vista, le está restan- to lectores. Y la valentía va también porque se trata de una obra difícil, de arduo trasiego. Habría que repetir, y con creces, la observación de Manuel Rojas al comentar **Patas de perro**: "el lector tendrá un duro trabajo, pero saldrá recompensado".

Estamos ante un lenguaje que se precipita, como queriendo decirlo todo de una sola vez, como si fuera posible la literatura simultánea, o la simultaneidad en literatura, proferida de un golpe, con respiración asmática, o más claramente como el flujo caótico, ininterrumpido, de la conciencia de un hombre del siglo XX. Lengua que insiste, horada, se desvía, mortifica, rebusca; lengua insatisfecha y de expresión insaciable. La indignación hace temblar la sintaxis, impregna páginas que se enroscan y arden. Allá un niño con patas de perro, con-



tado con ternura; aquí un ser que el autor desprecia, zaherido, escarnecido, temido. El personaje dentro de una jaula, maloliente a roña y orines, recuerda al patriarca de García Márquez, "más viejo que todos los hombres

y todos los animales viejos de la tierra y el agua", que acaba su vida rodeado de vacas y fetidez entre las ruinas de un palacio presidencial. ¡Qué prueba de caballero andante, de corredor de fondo, la lectura de cada uno

de los 25 capítulos! Anticipos publicados a fines de los años 70 en revistas de gran circulación en el mundo his- pánico llenaron hasta las narices de bilis a escritores sumisos que calificaron los textos de Droguett de atentados antipatrióticos.

El lector entra a un mundo afiebrado y colérico; si persiste, sale transido del espíritu de Carlos Droguett, personaje único, escritor contra la corriente, tábano incómodo para las conciencias que sólo desean olvidar o dormir, pasar un buen rato, echar basura por debajo de la alfombra, poner un velo por encima, borrar.

En la Suiza alemana, amarrado a su duro banco desde las ocho de la mañana, el viejo lobo, el intratable Carlos Droguett consagró casi íntegramente siete años, un tercio de su largo exilio, al manuscrito titulado **Matar a**

**los viejos**, "Cuando muera", me dijo en una carta, "quiero estar enteramente consumido". La Universidad de Poitiers es depositaria, para uso de investigadores, de un Archivo de nuestro escritor, con innumerables páginas, quizá miles de páginas, que componen capítulos inéditos de literatura chilena.

El presente volumen también es un testamento novelesco, una catarsis con algo de jeremiada, mucho de imprecación iracunda y sartal de improperios. Es todo eso, pero sobre todo es crónica del dolor, de la traición, de la perfidia. Epopeya de un pueblo sacrificado en el sufrimiento y la pobreza, vencido por el crimen, la violencia, el despotismo.

Preguntaréis: ¿Y todas esas sangres, todas esas muertes?

"Ni todos los perfumes de Arabia..."

## MATAR A LOS VIEJOS

CARLOS DROGUETT

LOM Ediciones, Santiago, 2001, 447 páginas.

